

VII

CONTINÚA LA CONFESIÓN

Después de estas palabras, prodújose un silencio.

La hipótesis emitida por la marquesa abría nuevos horizontes en la imaginación de todos.

— ¡En ese caso, razón de más para que me sea devuelto mi hijo inmediatamente!... — exclamó de pronto Aurora con energía. — Necesito su brazo para vengar á su padre.

— Tu deseo es muy legítimo — dijo la marquesa, — y por eso precisamente te suplicamos que esperes: porque sólo nosotros podemos devolvértelo, y no esa Bathilde Wendel que, al contrario, si se lo pides, hará todo lo posible para que no le vuelvas á ver... Ya te hemos explicado el porqué.

— ¡Dios mío!... Entonces, ¿cuánto tiempo voy á tener que padecer todavía?

— Probablemente, menos de lo que usted cree — repuso Helouin.

La condesa lanzó á éste una mirada ávida de esperanzas.

Tenía verdadera fe en ese hombre que acababa de demostrarle su habilidad y sus buenas intenciones.

— Sí, señora — continuó el policía — mucho menos; creo poder darle á usted esa esperanza, y he aquí lo que me autoriza á ello.

La suma que me entregó la dama enmascarada en remuneración de la ayuda que le presté, era para mí una verdadera fortuna.

De un golpe acababa yo de ganar lo que en diez años no me produciría mi comercio.

Lo cual me permitió realizar un proyecto que hacía tiempo tenía en la cabeza.

Mi oficio, poniéndome en contacto con todas las clases de la sociedad é iniciándome así en una multitud de secretos é intrigas, hizo poco á poco nacer en mí la idea de conocer aún más respecto de los bajos de la humanidad.

Parecíame que había ahí uno de los campos de observación más fértiles por explorar, y viva curiosidad me impulsaba á emprender esa exploración.

Luego, reflexionando también sobre el acto que me había inducido á cumplir aquella joven, pensando en aquel niño raptado á una gran familia, en el complot tramado contra él, llegué á pensar que sería muy interesante penetrar el misterio que rodeaba á tan tenebroso asunto.

Entonces, como ya no tenía que preocuparme durante muchos años de las necesidades materiales de la

existencia, cedí mi tienda á un colega, y, ya en completa libertad, empecé á especular minuciosamente los hechos y gestos de cada uno, acostumbrándome á ver más allá de los rostros y de las apariencias.

En tan constante estudio, adquirí pronto gran habilidad de « escrutador », y llegué á leer á través de las caras tan fácilmente como en un libro abierto.

Lo que, confieso, no siempre es agradable, porque algunas veces me ocurría ver cosas muy feas; las hipocresías y los horrores que descubrí detrás de rostros de facciones puras y ojos cándidos, sobrepasan de todo cálculo.

No obstante, experimentaba yo una amarga voluptuosidad en seguir esos descubrimientos, que me revelaban al hombre bajo verdadera luz, ya fuera uno de los poderosos de la tierra, ya perteneciesen á las clases más bajas sociales.

En consecuencia, y merced á esa casi adivinación, llegué á destruir numerosas argucias y á impedir muchas infamias. Puedo decir que fui varias veces el *Deus ex machina* que surgía justamente en el momento preciso para librar del lazo en que ya estaba cogida, á alguna desgraciada víctima pronta á sucumbir, con gran estupefacción de quienes se lo habían tendido.

Naturalmente, yo permanecía siempre entre bastidores y no tenía cuidado de proceder abiertamente; limitábame á tirar del hilo de mis fantoches.

Aunque, como ya he dicho, me dedicaba á esa ocupación por afición y sin tratar de sacar partido de ella, varias personas, que supieron que era á mí á quien

debían su salvación, quisieron absolutamente retribuir mi intervención y lo hicieron con tanta generosidad, que acabé por encontrarme en posesión de una fortuna real.

Entonces pude ensanchar el círculo de mis investigaciones, y penetrar en las mejores casas, que no eran las menos á propósito para hacer observaciones de interés.

Cuando operaba yo allí, para estar mejor, me apropiaba un título nobiliario extranjero, y me hacía pasar por el barón de Posen.

Pero para los humildes, continuaba siendo el señor Helouin.

Además, cuando yo era uno, no era el otro, es decir, que el barón de Posen no se parece nada al señor Helouin.

Aquél iba vestido siempre con arreglo á su calidad: traje de terciopelo, espada al cinto y cordón en el pecho.

Helouin no era sino un buen burgués vestido sin pretensión alguna.

En medio de mis estudios psicológicos, no me olvidaba de la joven ni del niño.

— ¿Que había sido de ambos?

Intrigábame especialmente la suerte del niño.

Cuanto más pensaba en él, más ganas tenía de conocerla.

Además, insensiblemente, nacía en mí un remordimiento.

¿Había contribuido yo realmente á una buena acción?

Esta idea me atormentaba.

Entonces hice serias indagaciones con ese objeto.

Procuraba enterarme en las familias, muy discretamente, por supuesto, de si habían tenido algún hijo muerto en circunstancias particulares en la época en que yo recibí la visita de la joven.

Varias veces creí tener la pista; pero pronto tenía que abandonar el camino en donde había entrado, y reconocer que el acontecimiento de que se trataba no tenía relación alguna con el de antes.

Por fin, un día, hace de esto unos dos meses, fui á dar una vuelta por el garito que en la calle de Montmartre tiene el caballero Zeno, embajador de Venecia, que, mal pagado por su república, ha creído oportuno crearse rentas explotando los vicios de sus semejantes.

El señor de Chaverny debe de haber oído hablar de ese antro infernal, puesto de moda por el duque de Richelieu y en donde tantas gentes dejan en el tapete verde, no sólo el dinero, sino también, lo que es mil veces peor, el honor.

Hallábame, pues, allí, una noche, entregándome á mi examen habitual, registrando, sondando á placer el fondo de los corazones y conciencias.

Debo advertir que en ese lugar se admiten señoras.

Verdad es que la mayor parte son mujeres conocidas y poco recomendables: de todos modos, me ha ocurrido sorprender bajo la careta — porque muchas de ellas sustraen así sus facciones á la curiosidad de los huéspedes de aquel lugar, — ó tras las rejas de los

palcos, me ha ocurrido, digo, sorprender á cierta marquesa, duquesa y hasta princesa, á quienes la fatal pasión del juego conduce allí, sin cuidarse de la deshonra que de allí brota en sus blasones.

La noche en cuestión había gran multitud en los salones del caballero Zeno.

Por esta causa, para no ser interrumpido en mis observaciones, habíame retirado junto á una ventana, detrás de una larga cortina, desde donde tenía la ventaja de verlo todo sin ser visto.

Llevaba ya un rato en aquel puesto, cuando vinieron á pararse contra mi abrigo, un hombre y una mujer.

Colocáronse de tal modo que yo sólo veía á ésta, cuyo rostro iba cubierto de un antifaz.

Acto seguido la mujer dirigió la palabra á su compañero.

— He venido expresamente para darle una noticia importante — dijo con voz baja, que yo apenas distinguía.

— ¿Cuál? — preguntó el hombre.

— La condesa de Lagardère va á regresar á París.

— ¡ Ah!... ¿ estará curada?

— Sí... casi, casi.

— ¡ Que se la lleve el demonio!... — exclamó el hombre. — Vaya un contratiempo... para nuestro negocio... Nosotros que creíamos que le quedaban pocos días de vida...

— Y esto nos contraría tanto más, cuanto que sólo quedaba ella, después de la desaparición del niño, hace quince años...

— ¿La desaparición?... La muerte, querrá usted decir.

— Sí, sí, la muerte — repuso vivamente la mujer.

— ¿Y cuándo vuelve, la condesa?

— Muy pronto.

— Habrá que avisar y no olvidarse de prevenir á Giam...

Aquí pronunció el hombre un apellido italiano que me fué imposible percibir, pues, al mismo tiempo, se alejaba con su compañera.

Esperé diez segundos, antes de atravesarme á respirar ó á hacer el menor movimiento, por miedo á descubrir mi presencia; luego, salí al fin, de mi escondite, y dirigí inmediatamente miradas á las personas que me rodeaban, esperando descubrir á los dos interlocutores que yo suponía que estarían aún cerca.

Me había fijado en el vestido de la mujer, de raso azul oscuro, con volantes de encaje, y creí que me sería fácil, gracias á ese punto de mira, reconocer en seguida á ella y á su interlocutor.

Pero numerosos grupos se habían formado en los alrededores, y á pesar del minucioso cuidado con que examiné el traje de cada dama, no pude volver á encontrar el de mi desconocida.

Recorrí los salones uno tras otro; todo fué inútil, no volví á ver el vestido azul.

Deduje entonces que su propietaria habría salido inmediatamente de la casa, y experimenté gran desaliento, pues para mí tenía capital importancia saber quién era.

En efecto, acababa de descubrirme un secreto, de darme la clave del misterio que tanto tiempo hacía que yo quería adivinar; entonces supe que el niño á quien yo salvé la vida era el hijo de la condesa de Lagardère... el... suyo, señora.

— ¿Y ha vuelto usted á ver á esa mujer? — preguntó Aurora.

— Nunca, señora, y eso que he vuelto varias veces á aquel garito, con la esperanza de encontrarla.

Verdad es que no tenía más indicio que el color de su vestido, y puede ser que ella haya vuelto con otro traje.

Así es que tal vez me haya codeado con ella sin sospecharlo.

Si la hubiera oído hablar, la hubiese reconocido, pues nunca se me olvidará el metal de su voz.

En cuanto al hombre, siempre me fué imposible formarme idea de su persona, pues no le ví la cara.

— Quieren ustedes que les diga quién era esa persona? — preguntó la marquesa.

— Bathilde ¿no es eso? — repuso Aurora.

— Naturalmente, y el hombre... uno de sus cómplices.

— Eso es casi seguro — continuó Helouin. — De todos modos, ese personaje sólo podía ser cómplice suyo desde hacía poco tiempo, y para poder participar á algo tramado por otros, porque su voz, según pude juzgar á través de la cortina, era la de un joven que, quince años atrás, debía de ser todavía un niño.

Sea lo que fuere, ese secreto que supe por casualidad

me trastornó por completo, y desde entonces, resonó con doble fuerza el grito de mi conciencia, tanto más, cuanto que supe la terrible desgracia que produjo á usted la pérdida de su hijo.

Á despecho de cuantos razonamientos especiosos me hacía yo para llegar á demostrarme la pureza de mis intenciones, no se me ocultaba mi gran culpabilidad por haberme prestado á cooperar al rapto de su hijo.

¿Había obrado yo como me lo ordenaba el deber, al aceptar sin comprobarlas las palabras de aquella mujer? ¿No debí haber sido más circunspecto, y si, realmente, estaba amenazado de muerte el niño, como me lo aseguraban, emplear para salvarlo otro medio que el que me proponía la desconocida?

La voz interior que me dirigía estas preguntas contestaba al mismo tiempo á ellas y de modo que no me satisfacía.

Entonces creí no poder rescatar mi falta sino yendo á revelar á usted la indigna comedia de que había sido víctima, y me decidí á emprender el viaje á Lorena, donde sabía que se hallaba usted al lado de su señora madre la duquesa.

Pero allí, supe el objeto que le traía á usted á París, y aplacé la revelación.

— ¿Qué dice usted?... ¿Se enteró del objeto que me traía á la capital?

— Sí, señora.

— No es posible, caballero; sólo me confié á mi madre y á la señora de Chaverny, la cual me juró no decirselo á nadie. En cuanto á mi madre, es impe-

netrable; aparte de que sólo yo me acercaba á ella.

— No dudarás, supongo, de que yo he cumplido mi juramento — dijo la marquesa.

— No; cierto es, no dudo. Además, al entrar aquí el señor Helouin, me aseguró no saber nada por ti; pero el modo de procurarse esa noticia me sorprende hasta el extremo de hacerme dudar de cuanto dice.

— Y sin embargo, así es, señora, y repito que no lo he sabido por la duquesa ni por la señora de Chaverny.

— En ese caso, ¿cómo ha podido usted enterarse?

— Ese es mi secreto.

Permítame que le recuerde que las paredes tienen oídos y repiten á veces lo que oyen... cuando uno sabe preguntarlas con maña. Acuérdesse usted también, señora, que paso por uno de los primeros escuchas de nuestra época.

Entonces, como acabo de decir, aplacé mi revelación, pensando que sería más oportuno hacérsela en París y en circunstancias que yo me encargué de provocar.

Volví aquí, y esperé.

Mi intención era presentarme á usted de mutu proprio á su regreso, para ofrecerle mis servicios. Pero la casualidad vino á ayudarme en la persona de la señora de Chaverny quien, conociendo mis aptitudes especiales, se dirigió á mí para que secundara á usted.

He ahí por qué pude asegurar desde el principio que, aunque nada me había usted confiado aún, sabía, no obstante, lo que iba usted á pedirme.

Y por eso también, señora, he dicho á usted hace poco, al prepararme á relatar todos esos acaecimientos,

que tiene usted que esperar menos de lo que cree, para volver á ver á su hijo.

— Ya que conocía usted la superchería — interrumpió Aurora, — ¿por qué haberme inducido á tomar un médico para la autopsia, cuando toda esa escena era inútil?

— Por dos razones, señora condesa : la primera, porque hubiera sido torpe y perjudicial precipitar la revelación, dado su estado de salud ; la otra, porque yo necesitaba asegurarme de la identidad de la efigie para no posar una mano sacrilega sobre un cadáver, y para no crear á usted una alegría efímera al revelarle mi falta, cuando no sabía yo aún si era verdaderamente la tumba de los Nevers la que contenía la estatua substituída.

Al principio, reconocí bien el ataúd de oro y su divisa ; pero el cuerpo me hacía titubear, porque, aunque no podía equivocarme al volver á ver los vestidos que yo mismo coloqué, me era imposible comprender cómo se cambiaron en una especie de tinta embetunado los frescos colores que antes tenía la efigie.

En fin, mientras que peroraba el doctor Cabalus, se me ocurrió la idea de apretar contra una de las orejas del maniquí, y al ver que ésta se rompía al primer toque, quedó completamente destruída la última duda que me quedaba acerca del niño que hice desaparecer.

He reconocido mi obra, y estoy dispuesto á reparar el mal que á usted he causado, consagrando desde ahora todo mi tiempo á buscar al que usted llora... en caso de que aun esté en el mundo.

— ¡ Oh ! ¡ sí ! ¡ aun está ! yo lo siento, y Dios me ha sugerido esas sospechas de muerte criminal con el sólo objeto de demostrarme por la prueba que acabamos de ver, que Felipe existe.

— Esa es también mi convicción, señora condesa, y por eso le aconsejaba que no enterase de dicha prueba á Bathilde de Wendel.

— ¿ Pero qué conducta voy á tener yo ahora respecto á ella ?

— Si quiere usted creerme, exactamente la misma que antes, y como si nada hubiera ocurrido.

— ¿ De modo, que voy á tener que sonreír á esa mujer, soportar á cada paso su presencia y recibir sus hipócritas cuidados ?

— ¡ Ay ! ¡ pobre Aurora mía — dijo la marquesa, — á ese precio lograrás la felicidad !

— ¡ Qué tortura voy á infligirme, gran Dios ! — gimió Aurora.

Y luego, vehemente, añadió :

— ¡ Pues bien, sea ! sufriré esa tortura, sin desfallecer. Me esforzaré por mostrarle cara risueña... Haré lo posible para parecerle más afectuosa que nunca... trataré de dar á mis palabras la más tierna expresión... y nada, en mis facciones, en mi actitud ni en mi voz, le revelará el odio que me inspira.

— Pero no exagere, prima — dijo el marqués de Chaverny, que hasta entonces había guardado silencio.

— Múestrese simplemente natural, sin lo cual podría despertarse la desconfianza en Bathilde, tanto por un cariño extremado, como por una frialdad exagerada.

— Esté usted tranquilo, yo también sabré ser hipócrita á mi vez. Sacaré de mi mismo odio las fuerzas necesarias para desempeñar mi papel de cómica consumada.

El policía murmuró :

— No estará de más, señora, hablarle de vez en cuando, si se presenta la ocasión y sin afectación alguna, del testamento que antes hizo usted en su favor.

Creo que eso nos ayudará á descubrir más claramente su juego.

— ¿ Cree usted ?

— Me parece ; porque como la posesión de la fortuna que usted le dejaba ha sido seguramente el móvil de sus actos, conviene que siga creyéndose heredera, para que esa seguridad la impulse á continuar sus proyectos, cuyas tentativas de ejecución vigilarémos nosotros de cerca.

— Tal vez tenga usted razón ; en cuanto llegue el momento favorable le hablaré de la herencia.

— Y á propósito — dijo la señora de Chaverny — ¿ qué ha sido de ese testamento ?

— Debe de estar entre mis papeles, en mi escritorio, donde lo dejé.

— Sería prudente que lo destruyeses... pues puede desaparecer como la bolsa...

— Eso pienso, y mañana mismo lo quemaré.

— Una palabra más, señora condesa — dijo Helouin. — Dada su generosidad, bien conocida, es fácil que dé usted todo el dinero que le pida Bathilde...

— Es verdad...

— ¡ Pues bien ! poco á poco, sin violentar nada, sea menos generosa con ella...

— ¿ Qué más supone usted ?

— Nada, sino lo posible — dijo el policía bajando la voz. — El dinero de Lagardère podría servir contra Lagardère.

Aurora tembló.

— Tiene usted razón — dijo al fin. — Seguiré su consejo.

Luego, cambiando de tono, suplicó :

— Ahora, no me hagan esperar mucho tiempo á mi hijo. Tengo sed de sus besos, de sus caricias, de las que he estado privada quince años.

— Repito á usted, señora — repuso Helouin, — que no tomaré un instante de reposo hasta que no le haya traído á sus brazos. Revolveré cielo y tierra, seguiré las huellas más insignificantes, y, con la ayuda de Dios, pues hay que contar también con el amo de todas las cosas, tendré que llegar á descubrir dónde está.

— Y yo también — declaró Cocardasse con resolución — voy á ponerme en campaña.

La sangre de los Lagardères no es como otras, y el chiquitín que la tiene en sus venas habrá hecho ya, ó no tardará en hacer que hablen de él... No tengan cuidado... No nos costará mucho descubrirlo.

— Se parecía mucho al conde — añadió Aurora, — y si ha continuado ese parecido, tendrán ustedes ahí uno de los indicios más seguros.

— ¡Claro que tiene que parecerse! — exclamó el maestro de armas. — ¡Y yo que me acuerdo, como si fuera ayer, de mi Pequeño Parisiense... dispéñeme, señora Aurora... quise decir, del conde de Lagardère... ¡Pardiez! lo reconocería hasta á través de una tapia.

Que Dios proteja los esfuerzos de ustedes dos y les guíe hacia él — dijo la condesa. — Yo rezaré ardientemente en espera del resultado de sus investigaciones.

En la calle, apoderóse Cocardasse del brazo de Helouin, con una familiaridad que no sorprendió mucho al policía, pues estaba habituado á las singulares costumbres de Gascuña.

— Mire, muchacho — dijo el maestro de armas sin gran turbación, — si usted quiere, yo no le llamaré sino barón de Posen.

— ¿Por qué? — preguntó sonriendo su interlocutor.

— Porque el Pequeño Parisiense me llamó una vez *hidalgo* y un hidalgo no trata sino con gentes de alto copete ¡viva Dios!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apr. 1925 MONTERREY, MEXICO

VIII

LA RESURRECCIÓN DE PEYROLLES

Los malvados, y esto está científicamente reconocido, tienen un organismo más perfecto y de mayor vitalidad que el de las gentes honradas.

Podríamos citar, en apoyo de lo que decimos, la antigua frase: « la mala hierba nunca muere. »

Podríamos también señalar los tratados del célebre criminalista italiano doctor Borriglione, del siglo XVI, tratados que tienen por objeto: *Della struttura superiore, interna e esterna del corpo degli birbanti*; ó las obras del erudito benedictino fray Garus que durante cuarenta años amontonó volúmenes para demostrar que el hombre malo tiene incontestable superioridad sobre el hombre bueno, y resiste mejor que éste cuantos males y golpes reciba.

Pero creemos preferible dar una prueba aún más terminante de la ventaja de que gozan ciertos individuos.